

otros, é iba á Jerusalem al templo del Señor, en donde adoraba al Dios de Israel. Seguid generosamente este ejemplo. Dejad que vayan á los espectáculos aquellos á quienes el espíritu del mundo ha seducido; por lo que hace á vosotros pasad estos tres dias en todos los ejercicios de piedad; visitad los pobres en los hospitales, y sobre todo asistid cada uno de estos dias á la oracion de cuarenta horas.

2 Las gentes del mundo, que están animadas de su espíritu, pervierten á todos los que pueden para tener mas compañeros en sus desórdenes, y engrosar el número de los que se pierden; por vuestra parte tened todavía mas zelo por la gloria de Dios, que el que los mundanos tienen por el servicio del señor á quien sirven. Ganad todos cuantos podiereis para el Señor, empuñándolos con piadosa industria á emplear este tiempo precioso en santos ejercicios. No dejéis de confesar y cumular por lo menos uno de estos tres dias. Asistid con frecuencia á los sermones, á la bendicion del Santísimo Sacramento, y á todos los ejercicios piadosos. Cuanto mayor es el número de los que se pierden, mas liberal es Dios con sus siervos fieles. No temáis que padezcan vuestros negocios temporales, ejercitándoos con fervor en los deberes de cristiano. ¡Ah! no se teme que padezcan cuando se trata de divertirse y de perderse.

MIÉRCOLES DE CENIZA.

EMPEZAMOS hoy, hermanos míos, dice S. Bernardo, el santo tiempo de Cuaresma; este tiempo de combates y de victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. ¡Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor debemos comenzar esta carrera! ¡pero con qué religion y con qué exactitud debemos observar este ayuno los viernes! Es esta una ley, dice S. Bernardo, comun á todos los fieles. ¿Habiendo Jesucristo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, se atreveria un cristiano á dispensarse del ayuno de Cuaresma? S. Agustin dice que el ayuno de cuarenta dias establecido en la Iglesia, está autorizado por el antiguo y por el nuevo Testamento: por el antiguo, puesto que Moisés y Elias han ayunado un número igual de dias seguidos; por el nuevo, puesto que el Evangelio nos hace ver que Jesucristo ha ayunado otro tanto tiempo; por donde vemos la conformidad del Evangelio con la Ley figurada por Moisés, y con los Profetas representados por Elias. Sin duda

por esto, añade este santo Doctor, apareció Jesucristo entre Moisés y Elias en su Trasfiguracion, para significar mas auténticamente lo que el Apóstol dice del Salvador, que la Ley y los Profetas dan testimonio de él.

Puede decirse con verdad que el ayuno de Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio, puesto que el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio sino despues de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches; pero aunque pueda decirse que fué esta la primera institucion de la Cuaresma, puesto que S. Jerónimo dice que Jesucristo santificó entonces el ayuno de los cristianos, no se puede decir que el ejemplo de Jesucristo haya sido desde entonces una ley inviolable, á la cual hayan estado sujetos todos sus discípulos. Aun por la misma respuesta que el Salvador dió á los fariseos, parece que no habia querido obligar á sus discípulos á que ayunasen, hasta despues que estuviesen privados de la presencia del Esposo celestial: dia vendrá, dice, en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán. En efecto, apenas el Salvador habia subido al cielo, cuando los ayunos fueron muy frecuentes entre los apóstoles, y entre los primeros fieles. Así es que aunque el ayuno sea de precepto divino, el establecimiento de la Cuaresma, esto es, la forma del ayuno, ó la manera de ayunar un número de dias reglado antes de Pascua, es de institucion apostólica. El Salvador, dice S. Jerónimo, santificó por su ayuno de cuarenta dias el ayuno solemne de los cristianos, y su ejemplo fué la primera institucion de Cuaresma; pero no hizo entonces un precepto escrito: probablemente desde su Resurreccion hasta su Ascension fué cuando enseñando á sus apóstoles acerca del modo con que debian formar su Iglesia, y las observancias religiosas que queria que se estableciesen en ella, les indicó el tiempo y la forma del ayuno de Cuaresma. El ejemplo del Salvador del mundo fijó el número de dias, y el tiempo inmediatamente anterior á la Pascua les pareció el mas propio para que sirviese de preparacion á esta gran fiesta. En efecto, dice S. Agustin, no podria elegirse en todo el año un tiempo mas conveniente para el ayuno de Cuaresma que el que termina en la Pasion de Jesucristo; y este es puntualmente el que el Espíritu Santo ha fijado en la Iglesia.

Como las seis semanas de Cuaresma no comprenden mas que treinta y seis dias de ayuno, la Iglesia, siempre conducida por el Espíritu Santo, ha añadido á ellas los cuatro dias precedentes, y ha fijado el principio de esta santa cuarentena al miércoles de Ceniza. Es bien sabido que se llama así este primer dia del

ayuno de Cuaresma, á causa de la santa ceremonia de poner la ceniza sobre la cabeza de los fieles que en él se acostumbra. No solo en la nueva ley, sino tambien en el antiguo Testamento, han sido las cenizas el símbolo de la penitencia, y la señal sensible del dolor y de la afliccion. Queriendo Thamar dar á conocer su pesar y su dolor, puso ceniza sobre su cabeza. (1. *Reg.* 13.) Yo me acuso á mi mismo, dice Job hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (*Job* 42.) Asustados los Israelitas al acercarse Holofernes, y queriendo los sacerdotes apaciguar la cólera de Dios, le ofrecen sacrificios con la cabeza cubierta de ceniza. (*Judith* 14.) Mardoqueo consternado con la nueva de la desgracia que amenazaba á toda su nacion, se reviste de un saco y se cubre la cabeza con ceniza. (*Esth.* 4.) Todo el pueblo hizo lo mismo en las provincias. Los ancianos de la ciudad de Sion, dice Jeremias en sus Lamentaciones, han cubierto su cabeza con ceniza en espíritu de penitencia. (*Jer.* 2.) Daniel juntó al ayuno y á la oracion la ceniza, para apaciguar al Señor irritado contra su pueblo. (*Dan.* 9.) Deseando el rey de Ninive apaciguar al Señor, descendió de su trono, se cubrió con un saco, y se sentó sobre la ceniza. (*Jonas* 3.) Los Macabeos acompañaron su ayuno solemne con la ceremonia de la ceniza que pusieron sobre la cabeza. (*Machab.* 3.)

No se ha usado menos en la nueva ley que en la antigua la ceremonia de la ceniza. Reprendiendo Jesucristo á los de Corozain y de Bethsaida su endurecimiento y su indocilidad, dice, que si los milagros que se han hecho entre ellos se hubiesen hecho en Tiro y en Sidon, habria ya mucho tiempo que hubieran hecho penitencia en el saco y en la ceniza. (*Matth.* 11.) Ninguna cosa fué mas comun entre los penitentes desde los primeros dias de la Iglesia. Los Padres y los concilios antiguos han añadido siempre la ceniza á la penitencia. Optato reprendia á los Donatistas el haber puesto en penitencia á las vírgenes consagradas á Dios, poniéndoles ceniza sobre la cabeza. S. Ambrosio dice que la ceniza debe distinguir al penitente. (*Lib. 1. ad Virg. laps.* 8.) Y S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, dice, que los que entran en penitencia ponen ceniza sobre su cabeza, en reconocimiento de que á consecuencia del pecado no son mas que polvo y ceniza; y que con justicia ha pronunciado Dios contra ellos la sentencia de muerte.

Reginon ha tomado de los antiguos concilios el modo con que se ponía la ceniza á los grandes pecadores, y la ceremonia del dia de ceniza. Todos los penitentes, dice, se presentaban á la puerta de la iglesia cubiertos con un saco, los pies desnudos, y

con todas las señales de un corazón contrito y humillado. El obispo ó el penitenciario les imponia una penitencia proporcionada á sus pecados. Despues, habiendo recitado los salmos penitenciales, se les imponian las manos, se les rociaba con agua bendita, y se cubria su cabeza con ceniza. Esta era la ceremonia del dia de ceniza, ó de los primeros dias de los ayunos de Cuaresma, para los pecadores públicos, cuyos enormes pecados habian hecho mucho ruido y causado escándalo. Pero como todos los hombres son pecadores, dice S. Agustin, todos deben ser penitentes; esto es lo que movió á los fieles, hasta á los mas inocentes, á dar en este dia una señal pública de penitencia recibiendo la ceniza sobre su cabeza. Ninguno de los fieles se exceptuó; los príncipes como sus vasallos; los sacerdotes, y aun los obispos, dieron al público desde los primeros tiempos este ejemplo tan edificante de penitencia. Y lo que habia sido en el principio peculiar solo de los penitentes públicos, se hizo por fin comun á todos los hijos de la Iglesia, por la persuasion en que todos deben estar, conforme á la palabra de Jesucristo, que no hay nadie por inocente que se crea, que no tenga necesidad de hacer penitencia. Los mismos papas se someten como los demás á esta ceremonia humillante de la religion; toda la distincion respetuosa que se hace al Vicario de Jesucristo, consiste en no decir nada al imponerle la ceniza.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que te convertirás en polvo. Estas son las memorables palabras que Dios dijo al primer hombre en el momento de su desobediencia, y las mismas dirige la Iglesia en particular á cada uno de nosotros, por boca de sus ministros, en la ceremonia de este dia. Palabras de maldicion en el sentido que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salud, en el fin que se propone la Iglesia cuando nos las dice. Palabras terribles y fulminantes para el hombre pecador, porque significan el decreto irrevocable de su condenacion á muerte; pero palabras dulces y consoladoras para el pecador penitente, dice S. Crisóstomo, porque le enseñan el camino de su conversion por la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aaron, y derramadla sobre el pueblo. (*Exod.* 9.) Esta ceniza así derramada, dice la Escritura, fué como la materia con que Dios formó los azotes que aligieron á todo el Egipto, y causaron en él una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este dia tiene un efecto muy diferente en el cristianismo; porque los sacerdotes de la ley nueva no derraman hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para apaciguar la có-

lera del Señor por este acto de humillacion, para atraernos las gracias y los favores de Dios, para hacernos acreedores de su bondad, y para escitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia; y en este espíritu y con esta disposición se debe practicar en este día la ceremonia de la ceniza. Esta se hace de la leña de los ramos benditos en el año precedente, y llevados en la procesion el domingo de Ramos. Tambien se bendice esta ceniza por el sacerdote antes de ponerla sobre la cabeza de los fieles, y basta hacerse cargo de las oraciones de que la Iglesia se sirve en esta bendicion, para comprender con qué espíritu de religion se debe participar de esta saludable ceremonia.

Comienza el sacerdote la bendicion de las cenizas por el versículo del salmo 68: Oid, Señor, mis ruegos, ya que tanto os complacéis en hacer bien; seguid los movimientos de vuestra infinita misericordia, y poned en mí vuestros ojos. Dios omnipotente y eterno, continúa el sacerdote, sed propicio á los que os ruegan con confianza, y perdonad á los pecadores penitentes. Dignaos enviar vuestro santo Angel del cielo, que bendiga y santifique estas cenizas, para que sean un remedio saludable á todos aquellos que con un corazon contrito y humillado invocan vuestro santo nombre, confiesan publicamente que son pecadores, y penetrados de un vivo dolor de haberos ofendido, se postran hoy delante de vos, implorando vuestra infinita misericordia. Dignaos, Dios de bondad, dejaros inclinar por este acto de religion; y haced por la invocacion de vuestro santo nombre, que todos los que recibieren estas cenizas sobre su cabeza, además del perdon de sus pecados, reciban tambien la salud del cuerpo y del alma. Por nuestro Señor Jesucristo.

O Dios, que no queréis la muerte, sino la conversion de los pecadores, apiadaos de la fragilidad humana, continúa el sacerdote, y dignaos por vuestra misericordia bendecir vos mismo estas cenizas, que queremos poner sobre nuestra cabeza, en señal de la humildad cristiana de que hacemos profesion, y para obtener por este acto de penitencia el perdon que esperamos; á fin de que, cuando por él reconocemos que no somos mas que polvo, y que en castigo de nuestra prevaricacion nos convertiremos en polvo, obtengamos de vuestra misericordia el perdon de todos nuestros pecados, y la recompensa que habeis prometido á los que hacen una verdadera penitencia. Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

O Dios, que os dejais rendir por la humillacion, y ganar por

una satisfaccion sincera, prosigue, dignaos escuchar nuestros ruegos y nuestros votos, y mientras que la cabeza de vuestros siervos está cubierta con la ceniza, derramad vuestra gracia en sus corazones; á fin de que los llenéis del espíritu de compuncion, les concedais el efecto de su justa peticion, y que ya no pierdan las gracias que les hubiereis concedido. Os lo suplicamos por Jesucristo nuestro Señor.

Dios omnipotente y eterno, que os habeis dignado perdonar á los ninivitas, cubiertos de ceniza, y revestidos con un saco en señal de su penitencia; concedednos, por vuestra misericordia, la gracia de que imitádoles hoy en las señales de nuestra penitencia, obtengamos como ellos el perdon de nuestros pecados. Por nuestro Señor, etc. La Iglesia termina esta bendicion de la ceniza, exhortando á todos los fieles de una manera patética, y en el sentido del profeta Joél, á que se haga útil y eficaz la ceremonia de la ceniza. No nos reformemos solo en lo exterior, por la modestia de los vestidos, en la ceniza, y en el cilicio: ayunemos, y acompañemos nuestros ayunos con lágrimas de contricion, que debemos derramar delante del Señor; porque nuestro Dios está lleno de bondad y de misericordia, y siempre pronto á perdonarnos nuestros pecados: corrijamos las faltas que hemos cometido ó por flaqueza, ó por ignorancia, ó por malicia; y no difiramos el hacerlo, no sea que sorprendidos por la muerte no tengamos tiempo para convertirnos.

La Epístola de la misa de este día está tomada del profeta Joél al capítulo segundo. Nada podia convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este día. Los azotes con que Dios castigaba los pecados de su pueblo le ofrecen una buena ocasion al Profeta, para estimularle á que procure apaciguar la cólera de Dios por medio del ayuno y de la penitencia, prediciéndole que el Señor movido por la humillacion, por la maceracion del cuerpo y la oracion, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este Profeta es pomposo, magnífico, vehemente, espresivo, figurado, y al mismo tiempo vivo, interesante y patético. La alegoría de las langostas, comparadas á un ejército, está perfectamente bien sostenida. Sus pinturas son vivas. Pinta las cosas de modo que parece que se ven. Romped vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y todavía mas misericordioso que nosotros perversos. Era entonces una costumbre muy ordinaria el desgarrar los vestidos en el luto y en el transporte del dolor. Innu-

merables son los ejemplos que presenta la Escritura. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversión, de dolor y de arrepentimiento; quiere una conversión sincera, un dolor interior, un corazón contrito y despedazado de dolor; quiere la conversión del corazón, la reforma de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se aplacará con nuestras lágrimas, y se ablandará viéndonos humillados? El Profeta designa á la vez tres disposiciones con que debemos hacer la penitencia: la confianza en la bondad de Dios, la contrición de nuestros pecados, y la desconfianza de nuestros propios méritos. Se anunciaban las fiestas y las reuniones á son de trompeta, segun está ordenado en el décimo capítulo de los Números; y el Profeta exhorta á los jefes de la nación á que reúnan el pueblo, y en esta reunión general ordenen un ayuno solemne, y estimulen á todos, y en particular á los ministros del Señor, á apaciguar la cólera de Dios con sus lágrimas y su penitencia. Derramen lágrimas, dice, los sacerdotes postrados entre el vestíbulo y el altar, y esclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que vuestra heredad caiga en el oprobio, y que sea dominado por las naciones. ¿Sufriréis que los extranjeros digan de nosotros: donde está su Dios? En el estado en que entonces se hallaba el país, nada hubiera sido más fácil á los enemigos de los judíos, que el apoderarse de ellos. El pueblo consternado, abatido por el espanto, debilitado por una hambre horrible, apenas estaba en estado de resistir á un ejército de asirios ó de caldeos. El Profeta exhorta, pues, á los ministros del Señor, á que le pidan que no permita que su pueblo caiga bajo de la dominación de los extranjeros, y que las naciones infieles no tengan que acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza, ó de dureza, por haber así abandonado á su pueblo á la merced de sus enemigos. No bien el Profeta ha exhortado á todos sus hermanos á la penitencia, cuando les predice que el Señor se dejará ablandar de sus clamores. El Señor se ha conmovido, dice, á vista de sus lágrimas, y les ha perdonado; y á este perdón ha seguido todo género de prosperidades, y de una bendición abundante. Tanta verdad es que la penitencia desarma á Dios, por más irritado que esté, y trae la prosperidad y la calma.

El Evangelio de la misa de este día está tomado del sexto capítulo del Evangelio segun S. Mateo, en donde Jesucristo nos enseña la pureza de intención que debe haber en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus apóstoles como debían orar, prescribiéndoles el modelo de la oración más excelente; y como

debían perdonar las injurias, reservándose á sí mismo el ser el modelo más perfecto de una caridad tan relevante. Después de haberles dado los preceptos sobre la oración, y sobre el perdón de las injurias, les da también sobre el ayuno que debe acompañar y sostener la oración. ¿Queréis saber, les dice, cuáles ayunos son santos y agradables á Dios? Son aquellos que se practican en secreto. No extrañéis que yo os prohíba el imitar á los hipócritas que ayunan, haciendo ostentación de su austeridad; su virtud no está en el corazón sino en el rostro, y por una cara penitente, por un aire triste y austero, por ayunos largos y rigurosos, tratan de adquirir reputación de gentes mortificadas, y con estas exterioridades afectadas é hipócritas embaucan á los hombres. Tened por cierto lo que os he dicho ya, y os digo ahora, que la recompensa de tales sujetos está reducida al honor vano con que se apacientan. Yo espero de vosotros un porte muy diferente; porque lo que yo quiero es que en los días de ayuno os perfuméis la cabeza, y os laveis el rostro, como acostumbrais hacerlo en los días solemnes y de regocijo, á fin de que á la sombra de un rostro festivo ocultéis la austeridad de vuestro ayuno: de modo que si puede ser, solo Dios sepa que ayunais, y si es necesario, aquellos á quienes debéis dar buen ejemplo. Esto es lo que Dios quiere, esto lo que aprecia; cuanto más ocultáreis á los hombres vuestras penitencias, tanto más pública y gloriosa será algún día vuestra recompensa. Un cristiano verdaderamente penitente, oculta con cuidado á los ojos de los hombres los rigores á que se condena; como no ha ofendido más que á su Dios, á él solo es al que quiere agradar; le parecen muy pequeñas las penas con que se aflige, para no temer el que se disminuya su mérito, espiéndolas á la vista de los hombres: por tanto, solo debemos hacer á los hombres testigos de nuestra penitencia, si les hemos hecho testigos de nuestros desórdenes: el escándalo solo se repara por la conversión y la reforma de las costumbres.

En el luto y en el ayuno no se usaba de baño ni de perfumes. Cuando Jesucristo manda que se sirvan de ellos en el ejercicio de la penitencia, no se ha de estar al sentido material de las palabras: quiere solamente que estemos tan lejos de la afectación de parecer ayunadores, que antes bien parezcamos todo lo contrario, y que en vez del aire triste y austero de los fariseos, usemos de maneras francas, abiertas, de un aire festivo y contento; quiere que obremos sin afectación, sin vanidad, sin máscara, sin hipocresía: á fin, dice S. Ambrosio, que no parezca, por decirlo así, que vendemos á los hombres nuestro ayuno, y que

trabajamos en nuestra salud con tristeza y con pesar, tomando un aspecto sombrío y lloroso, que vaya diciendo á todos que ayunamos.

Tambien, prosigue el Salvador, hay en el mundo otra flaqueza muy comun, que es la gran pasion de adquirir bienes. El Salvador añade el desprendimiento de los bienes terrenos al precepto del ayuno, para prevenir al indecente motivo de aquellos que llevados de una avaricia sordida, solo ayunan para ahorrar. Ayunemos de tal modo, dice S. Agustin, que el ahorro de nuestros ayunos entre en el tesoro de Jesucristo por las manos de los pobres, y no venga á ser el alimento de nuestra avaricia. Yo no os impido, dice el Salvador á sus discipulos, el que junteis grandes tesoros, con tal que no sean de la naturaleza de los que se juntan en la tierra, que los consumen el orin y los gusanos, y que pueden robaros los ladrones. No os afaneis por juntar otros tesoros que los del cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que escaven ni que roben: en el cielo donde los tesoros que juntáreis son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si segun el antiguo proverbio, donde está el tesoro allí está el corazon, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar vuestro corazon al cielo, querida patria vuestra, que apegarle á la tierra, triste lugar de vuestro destierro?

S. Hilario esplicando estas palabras de Jesucristo: no hagais, dice, vuestro tesoro de la opinion y de las alabanzas de los hombres; no esperéis de ellos vuestra recompensa; esperadla únicamente de Dios. ¡Ah! ¡qué poco racionales son los hombres! ¡qué poco conocen sus verdaderos intereses! no nos empeñamos con actividad mas que por los bienes de la tierra; bienes falsos, frívolos, vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, y que se nos deben quitar necesariamente tarde ó temprano. ¡Cuán ciegos somos! ¿por qué no dirigimos todas nuestras miras y nuestras solicitudes hácia el cielo, hácia las verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y que son las únicas que pueden para siempre llenar nuestros deseos? El justo no tiene aficion á la vida, porque cuenta como nada los bienes de que goza en ella. No ha trabajado, ni trabaja mas que para el cielo; allí está su tesoro, y por consiguiente su corazon. ¡Qué sabio, qué dichoso es este justo, en no apegarse aquí abajo, donde es extranjero, y en hacer pasar todo el fruto de su trabajo al cielo, su verdadera, su eterna patria! ¡Qué diferencia en la muerte entre el pecador y el justo! el corazon del pecador está todo en la tierra, y le es preciso de-

jarla; el corazon del justo está en el cielo, y la muerte le abre la entrada en él. La palabra tesoro, dicen los intérpretes, significa no solo el dinero, sino tambien los muebles, los vestidos preciosos, los repuestos de grano y de provisiones para la vida; el orin no gasta mas que el metal, los gusanos roen los muebles, los vestidos y el grano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, Domine, fidelibus tuis: ut jejuniorum veneranda solemnità, et congrua pietate suscipiant, et secura devotione percurrant. Per Dominum...

Señor, conceded á vuestros fieles la gracia de que entren en la solemnidad sagrada del santo ayuno con la piedad que deben llevar á ella, y que se sostenga en toda la carrera con una devocion imperturbable. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada de la profecia de Joel, cap. 2.

Hæc dicit Dominus: Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu, et in planctu. Et scindite corda vestra, et non vestimenta vestra, et convertimini ad Dominum Deum vestrum; quia benignus et misericors est, patiens et multæ misericordiæ, et præstabilis super malitia. Quis scit si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem, sacrificium et libamen Domino Deo vestro? Canite tuba in Sion, sanctificate jejunium, vocate cœtum, congregate populum, sanctificate Ecclesiam, coadunate senes, congregate parvulos, et sugentes ubera: egredietur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo. Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini, et

He aquí lo que dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en el ayuno, en las lágrimas, y en los gemidos. Despedadaz vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no se deja vencer por nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá á nosotros, si nos perdonará, si dejará despues de sí la bendicion, á fin de que presentemos al Señor nuestros sacrificios y nuestras ofrendas? Haced resonar la trompeta en Sion, ordenad un ayuno santo, publicad una reunion solemne, haced venir á todo el pueblo, advertidle que se purifique, juntad los ancianos, traed tambien los niños, y los que todavia es-

dicent : Parce, Domine, parce populo tuo; et ne des hereditatem tuam in opprobrium, ut dominantur eis nationes. Quare dicunt in populis : Ubi est Deus eorum? Zelatus est Dominus terram suam, et pepercit populo suo. Et respondit Dominus, et dixit populo suo : Ecce ego mittam vobis frumentum, et vinum et oleum, et replebimini eis : et non dabo vos ultrà opprobrium in gentibus : dicit Dominus omnipotens.

«Joél, hijo de Phatuél, era de la tribu de Ruben : es el segundo de los doce profetas menores. Profetizó hácia el año 789 antes de Jesucristo. Su profecía contiene tres capítulos. Habla de los azotes con que Dios castigó á su pueblo, y de la penitencia que este pueblo debía hacer para apaciguar la cólera de Dios. Ha predicho la venida del Espíritu Santo, el juicio último, y el rigor con que Dios juzgará á todos los hombres.»

REFLEXIONES.

Convertios á mi de todo vuestro corazon. Dios mismo es el que nos invita, el que nos urge, el que nos manda que nos convirtamos á él de todo nuestro corazon. Despues de esto ¿á qué pecador puede faltarle la confianza? pero al mismo tiempo ¿quién puede diferir el convertirse? Si un príncipe ofreciese con tanta franqueza el perdón á un criminal; si él mismo convidase á un cortesano desgraciado á que volviese á la corte, ofreciéndole su amistad, sus favores, ¿se hallarian muchos que se resistiesen á partir? ¿que difriesen su vuelta? ¿A quién le ha parecido que

tán al pecho; salga el esposo de su aposento, y la esposa del lecho nupcial. Llorarán los sacerdotes y los ministros del Señor, entre el vestibulo y el altar, y esclamarán : Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejeis que vuestra heredad sea entregada al oprobio, de modo que caiga bajo la dominacion de las naciones. ¿Sufrireis que las naciones digan de nosotros : donde está su Dios? El Señor tiene un amor ardiente por este país que mira como suyo, y él ha perdonado á su pueblo. El Señor ha hablado á su pueblo y le ha dicho : Yo os enviaré trigo, vino y aceite, y quedaréis satisfechos; y no os abandonaré ya á los insultos de las naciones, dice el Señor omnipotente.

era sobrado costoso, ó que eran demasiado onerosas cualesquiera condiciones para comprar el favor de un príncipe? ¡Ah! ¿y qué es el favor de un príncipe de la tierra, en comparacion de la amistad del soberano Señor del universo, del Dios omnipotente, fuente de todo bien, y único árbitro de nuestro eterno destino? y sin embargo ¿quién se rinde á su voz? ¿quién responde con prontitud á su invitacion? ¿quién se apresura á entrar en su favor, por mas que nos ofrezca su amistad con empeño? Quieren convertirse; porque las gentes del mundo, los pecadores mas escandalosos, las mujeres mundanas, los libertinos de profesion, no querrian morir en su desgracia; quieren pues convertirse, pero se teme siempre el que sea demasiado pronto, si se hace inmediatamente. Dilacion de la conversion, paso seguro, gaje cuasi cierto de la impenitencia final. El que vive con un deseo ineficaz de convertirse, cuasi por lo comun muere impenitente. Vos, Señor, convidais, solicitais al pecador para que se convierta, mas á él no le place. Cuando estarán de humor para ello, es decir, cuando ya estarán disgustados de sus placeres; cuando por enfermedad, por la edad, ó por algun accidente funesto, no estarán ya en estado de ofenderos; cuando se verán al borde del abismo, en que van á ser precipitados; cuando ya desagraden á los mundanos; cuando no serán ya buenos para nada; cuando el mundo á quien han servido, y de quien han sido esclavos, no admitirá ya sus servicios : entonces esos mundanos rendidos, esos pecadores cansados, esas mujeres coquetas, envejecidas ó desgraciadas, esos libertinos arrojados de las asambleas profanas, de las partidas de placer, que han llegado á ser odiosos en Babilonia, pensarán de veras en tomar el camino de Jerusalem, y en venir á ofrecer al Señor los miserables restos de una vida corrompida. Dios es misericordioso, es verdad; mas aun; es todo misericordia; pero no es menos justo. ¿Y creemos que estos regresos forzados, que estas pretendidas conversiones dilatadas, sean de un gran mérito delante de él? El pecador no debe jamás desesperar de su salvacion; aun cuando no le queda-se mas que un soplo de vida, debe reanimar toda su confianza en un Salvador que ha hecho tan grandes gastos, y que ha muerto universalmente por todos los pecadores; pero un pecador que es insensible á las amorosas sollicitaciones de la gracia, y que se endurece voluntariamente contra toda la impresion del Espíritu Santo, ¿no tiene nada que temer? *Convertios á mi de todo vuestro corazon.* Quien dice de todo vuestro corazon, pide una conversion entera, perfecta, sin division. No hay conversion verdadera si no es de todo corazon. Reformar el lujo de los ves-

tidos, cortar el juego, romper los vínculos criminales, no asistir mas á los espectáculos profanos, privarse de toda diversion poco cristiana, es una conversion muy edificante; pero si queda todavía alguna pasión dominante que sujetar, alguna afición favorita que vencer, alguna injuria que perdonar, alguna frialdad que extinguir, algun lazo que romper, la conversion no es entera; no hay conversion de todo corazón, cuando hay alguna reserva en la conversion. He pasado á cuchillo, decía Saul al profeta, á todos los Amalecitas; nada he perdonado de cuanto les pertenecía, conforme al orden del Señor; y ¿qué significa, responde Samuel, el balido de esas ovejas, la voz de ese rebaño que has perdonado? ¡Buen Dios, qué de conversiones ambiguas, imperfectas, defectuosas! ¡cuán pocos se convierten á Dios de todo su corazón!

El Evangelio de la misa es de S. Mateo, tomado del cap. 6.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis : Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocrite tristes ; exterminant enim facies suas, ut appareant hominibus jejunantes. Amen dico vobis, quia receperunt mercedem suam. Tu autem, cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans, sed Patri tuo, qui est in abscondito ; et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi. Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi aerugo, et tinea demolitur, et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in cælo : ubi neque aerugo, neque tinea demolitur ; et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : Cuando ayunais, no afecteis un aire triste como los hipócritas. Ellos ponen su rostro macilento para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que han recibido ya su recompensa. Mas cuando tú ayunes, unge tu cabeza, y lava tu rostro, á fin de que no aparezca á los ojos de los hombres que ayunas, sino á los de tu Padre que está en lo oculto ; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará. No junteis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos lo consumen todo, y donde los ladrones socavan y roban. Juntrad, pues, tesoros en el cielo, donde no hay herrumbre ni gusanos que consuman, ni ladrones que cavén ni que roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

MEDITACION.

Sobre la ceremonia de la ceniza.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la ceremonia de poner hoy la ceniza en la cabeza no es puramente una ceremonia exterior, vacía, indiferente, estéril ; es una práctica religiosa que recordándonos la memoria del formidable decreto pronunciado contra nosotros por el soberano Juez, es tambien el simbolo de la penitencia y de nuestra mortalidad. ¿Qué hacemos, pues, hoy cuando ponemos la ceniza sobre nuestras cabezas? Hacemos lo que hacia Josué, cuando para apaciguar al Dios de los ejércitos, y reparar el latrocinio de los despojos de Jericó, él y los ancianos de Israel se cubrian la cabeza con el polvo. Hacemos lo que Jeremías recomendaba á los príncipes de Judá en la desolacion de su patria, recordándoles que moririan muy pronto. Hacemos lo que hacia Esthér, Judith, Mardoqueo y el rey de Ninive. Hacemos, en fin, lo que en la ley de gracia nos ha dicho Jesucristo que habrian hecho Tiro y Sidon, si hubiese obrado á su vista los mismos prodigios que habia obrado en Corozain y en Bethsaida. Hacemos lo que tantos santos han hecho. Las palabras humildantes que el sacerdote con la ceniza en la mano pronuncia hoy sobre el hombre postrado á sus pies, son los mismos términos del decreto pronunciado contra el primer hombre en castigo de su pecado. El designio de la Iglesia poniéndonos la ceniza en la frente es escitarnos á la penitencia y al desprecio de nosotros mismos, á la vista de este débil resto en que vienen á parar todos los bienes, los placeres, los honores de esta vida, y á que nosotros mismos hemos de quedar reducidos en la muerte. Las oraciones que hace la Iglesia sobre estas cenizas, al bendecirlas, dan una virtud secreta á esta religiosa ceremonia, que no deja de inspirar la compuncion, y de atraer la gracia de la penitencia á todos los que reciben esta ceniza sobre su cabeza con disposiciones santas en el corazón. ¡Qué efecto no debe producir esta práctica de religion! ¡qué desprendimiento de la vida! ¡qué disgusto de los bienes criados! ¡qué indiferencia por las dignidades mas brillantes! ¡Se puede ver este puñado de ceniza, imágen verdadera de lo que llegaremos á ser un dia ; se puede oír este decreto, este oráculo terrible cuyas amenazas verificaremos nosotros muy pronto, sin que nuestro orgullo quede humillado, sin que nuestra molicie sea confundida, sin que queden confundidos nuestros ambiciosos proyectos, sin que nos llenemos de vergüen-

za, y tengamos un verdadero sentimiento de haber hecho tanto caso de las engañosas conveniencias de esta vida? ¡Qué remedio tan saludable son estas cenizas derramadas sobre la hinchazón del corazón humano! ¡qué propias para abrir los ojos sobre el falso resplandor de mil objetos seductivos! ¡qué bien que pueden sazonar las mas amargas adversidades de esta vida!

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuantos buenos efectos puede producir esta ceniza recibida sobre nuestras cabezas con un espíritu de religion, con un corazón contrito y humillado, y con las disposiciones que pide esta santa ceremonia. El pensamiento de la muerte, inseparable de esta santa ceremonia, es el primer efecto que produce. Aun cuando uno fuese el mas poderoso monarca del universo; aun cuando fuese el hombre mas dichoso del siglo, morirá, y toda aquella pompa, aquella grandeza, aquella majestuosa reputación, aquella tumultuosa felicidad que tiene tantos envidiosos, todo esto se estingue en el sepulcro: escudriñad esos soberbios mausoleos, orgullosos monumentos de la vanidad mundana; no encontraréis en ellos mas que un puñado muy pequeño de cenizas, menos preciosas que la urna que las contiene. He aquí lo que queda por fin de esos grandes príncipes, terror ó admiración de su siglo, de todos esos héroes de los siglos pasados, de todos esos favoritos de la fortuna, para hablar segun el lenguaje de las gentes del mundo; algunos restos de huesos calcinados, un puñado de cenizas fétidas, á esto se reduce todo. No tendremos otra suerte, aun cuando fuésemos todavía mas poderosos, mas ricos, mas llenos de satisfacciones que lo han sido todos estos; algun dia se dirá tambien de nosotros lo que hoy se dice de esas victimas de la ambición humana, y cada uno es á su vez una prueba sensible de esta verdad. La estima y el amor mismo de la virtud es otro efecto de la ceremonia de las cenizas. ¡Buen Dios, qué propia es esta ceremonia misteriosa para desengañarnos de tantas grandezas falsas, de todas esas opiniones populares que encantan y seducen! ¡pero al mismo tiempo qué eficaz para descubrirnos el mérito sólido, y el precio inestimable de la verdadera virtud! Los santos, se dirá, mueren tambien como los pecadores, pero ¡qué diferencia de cenizas á cenizas. Las unas son objeto de horror, las otras objeto de veneración; tanto poder y atractivo tiene la santidad. Aquéllas se arrojan á los pies, delante de éstas se postran con veneración. La tierra misma que ha cubierto los cuerpos de los santos tiene virtud de hacer milagros. ¿Qué debe concluirse de todo esto, sino que es una insigne locura buscar la felicidad en los honores, en

los placeres, en los bienes de esta vida, y que es preciso haber perdido el juicio para estudiar en otra cosa que en hacerse santo? Este es tambien, Señor, el fruto que yo espero sacar de esta meditación con el auxilio de vuestra gracia.

JACULATORIAS.—¡Vanidad de vanidades, todo no es mas que vanidad! ¿Qué le queda al hombre mundano de todos sus afanes, y á qué queda, en fin, reducido sino á un poco de ceniza? (*Eccl. 1.*)

Señor, yo detesto con todo mi corazón mi vida pasada; yo me acuso á mi mismo, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (*Job 42.*)

PROPOSITOS.

1 Como la ceremonia de la ceniza es una práctica de religion, hacedla con todas las disposiciones y con el espíritu que pide una ceremonia tan santa. Es inútil que se ponga la ceniza en la cabeza, si reina el orgullo en el corazón. Dios mira con horror toda gazoñería. Si el alma no está contrita y penetrada de la idea de su nada, toda esta humillación exterior no pasa de una pantomima. Guardaos bien de llevar la irreverencia y la indevoción hasta á los ejercicios mas humillantes de la religion. Presentaos á recibir la ceniza en la frente con un corazón contrito y humillado; escuchad el decreto de muerte con una perfecta resignación, y haced al mismo tiempo el sacrificio de vuestra vida; aceptad la muerte á que Dios os ha condenado en satisfacción de vuestros pecados, y como una pena que habeis merecido justamente. En la hora de la muerte apenas está uno capaz de hacer un sacrificio meritorio; hoy propiamente es, al recibir la ceniza en la cabeza, cuando el sacrificio que hareis de vuestra vida puede ser muy agradable á Dios y de un gran mérito.

2 No perdais de vista la muerte, de la que el simbolo mas natural es la ceniza. Este pensamiento persuade fácilmente la penitencia, y endulza su rigor. Comenzad la Cuaresma con espíritu de penitencia; ¡para cuantos será esta la última! ¡Y qué consuelo no tendréis de haberla observado cristianamente, si debiese ser la última para vosotros! Unid vuestro ayuno al de Jesucristo, para hacérosle por este medio mas meritorio. Una de las astucias mas perniciosas del demonio, es el hacernos mirar las ceremonias mas santas de la religion como costumbres indiferentes. Acompañad y animad ésta de un espíritu cristiano; y en todo lo que hicieris, deciros á vos mismo: Acuérdate que

no eres mas que polvo, y que serás reducido á polvo dentro de pocos dias.

JUEVES DESPUES DE CENIZA.

Como el ayuno de Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia dos curaciones corporales, milagrosamente obradas en dos personas, de las cuales la una era de la primera y mas noble cualidad entre los hombres, y la otra de una condicion la mas vil y mas abyecta, para hacernos ver que no hay ningun estado en el mundo esceptuado del beneficio de la redencion y de la salud. *Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad.* (1. Timot. 2.) El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia nos hace leer la Iglesia en la Epístola de la misa. El otro es el del criado de un centurion, capitan de una compañía de cien hombres; y este milagro hace el asunto del Evangelio de este dia.

Ezequías, rey de Judá, hijo de Achaz y de Abías y nieto de Joatham, era un príncipe religiosísimo. Restableció enteramente el culto del verdadero Dios en el reino de Judá; en cuyo gobierno entró hácia el año 727 antes de Jesucristo. Habian caído los judíos en la mayor parte de las supersticiones paganas por la negligencia y acaso la irreligion de los que les gobernaban, y por el comercio que habian tenido con los paganos. El piadoso príncipe hizo derribar todos los altares que se habian erigido sobre las colinas en honor de los falsos dioses; quemó los bosques consagrados á estas falsas divinidades, é hizo pedazos la serpiente de metal que los judíos conservaban, y todo esto á fin de quitarles todo motivo de idolatría. Eusebio dice que suprimió muchos libros de Salomon, que trataban de las cosas naturales, á causa del abuso que los sencillos hacian de ellos. Despues de haber restablecido la religion y el buen orden en el reino, hizo la guerra á los enemigos del estado. Tan valiente como religioso, destrozó á los Filisteos que se habian rebelado ya contra su padre.

En el cuarto y sexto año de su reinado, Salmanasár tomó á Samaria y puso fin al reino de Israel, habiendo hecho prisionero al rey Ozías, el cual murió en la prision. Por el mismo tiempo Sennacherib, rey de los Asirios, hizo grandes conquistas en la Palestina y en las provincias vecinas; entró en Egipto y le con-

quistó. Irritado contra Ezequías que habia rehusado pagarle el tributo que exigia de él, envió á Rabsaces, uno de sus oficiales, con orden de hacerle amenazas fulminantes, burlándose de la confianza que este religioso príncipe tenia en Dios contra las fuerzas de un monarca á quien ningun poder habia resistido hasta entonces. Habiendo oído Ezequías estas insultantes amenazas, recurrió á Dios, y para implorar su socorro se vistió de un saco, fué al templo, donde hizo leer las blasfemas cartas de Sennacherib, y pasó allí mucho tiempo en oracion. El profeta Isaiás le envió á decir que no temiese estas amenazas, y le prometió que Dios combatiría en su favor. En efecto, habiendo puesto Sennacherib el sitio á Jerusalem con un ejército de mas de doscientos mil hombres, envió Dios un ángel durante la noche, que mató á ciento ochenta y cinco mil del ejército de este príncipe, con todos los jefes. Viendo á la mañana Sennacherib esta gran derrota, huyó á sus estados, dejando todo su equipaje en poder de aquellos cuya ruina creia segura.

Ezequías admiró si la mano omnipotente del Dios de los ejércitos en esta derrota milagrosa del ejército del rey de los Asirios; pero la Escritura dice que este príncipe no reconoció, como debia, las gracias que Dios le habia hecho, y que habiéndose dejado llevar del orgullo, le habia Dios castigado y humillado. Pero Dios no le castigó sino como un padre bueno, y su castigo fué para él una nueva prueba de su bondad. Ezequías cayó peligrosamente enfermo. Pretenden los judíos que el haber sido así castigado, fué por no haber hecho solemnes acciones de gracias por un beneficio tan señalado, y no haber cantado un cántico de alabanza al Dios de los ejércitos despues de la derrota de Sennacherib, á imitacion de Moisés, de Ana, madre de Samuel, y de Débora. Sea como quiera, Ezequías se halló muy malo, y su enfermedad se presentó mortal. Habiéndole ido á visitar el profeta Isaiás, le dijo: Príncipe, he aquí lo que el Señor me manda que os diga: arreglad los negocios de vuestra casa, porque moriréis y no saldréis de esta enfermedad. Este decreto de muerte, anunciado por la boca de un tan gran profeta, consternó al príncipe que solo contaba entonces catorce años de reinado. Volvió el rostro hácia la pared para rogar con mas recogimiento y respeto, y para derramar lágrimas en la amargura de su corazon con mas libertad. S. Jerónimo cree que se volvió del lado del templo. Derramando entonces su corazon delante de Dios: Señor, exclamó, compadeceos de vuestro siervo, y dejaos enternecer de mis lágrimas. Acordaos que he caminado delante de vos con un corazon recto y puro, con una fidelidad firme y per-